

LA RECONSTRUCCIÓN DE EUROPA

Europa y el cristianismo

... la edificación de la Unión europea supone, ante todo, el respeto a todas las personas y a las diferentes comunidades humanas, reconociendo sus dimensiones espiritual, cultural y social. Hoy es grande la tentación de afirmar que creer en Dios es un simple fenómeno contingente de naturaleza sociológica. La fe en Cristo no es un hecho puramente cultural, propio de Europa; lo prueba su propagación en todos los continentes. Por el contrario, los cristianos han contribuido ampliamente a formar la conciencia y la cultura europeas. Esto tiene importancia para el futuro del continente, porque si Europa se construye excluyendo la dimensión trascendente de la persona y, en particular, si rehúsa reconocer a la fe de Cristo y al mensaje evangélico su fuerza inspiradora, pierde gran parte de su fundamento. Cuando se ridiculizan los símbolos cristianos y se descarta a Dios de la construcción humana, esta última se debilita, porque carece de bases antropológicas y espirituales. Además, sin referencia a la dimensión trascendente, la actividad política se reduce, frecuentemente, a ideología. En cambio, los que tienen una visión cristiana de la política están atentos a la experiencia de la fe en Dios en medio de sus contemporáneos; inscriben su actividad en un proyecto que sitúa al hombre en el centro de la sociedad y tienen conciencia de que su compromiso es un servicio a sus hermanos, de los que se sienten responsables ante el Señor de la historia.

JUAN PABLO II: Discurso a un grupo de diputados del Partido Popular europeo, con motivo del 40 aniversario del Tratado de Roma. *L'Observatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXIX, núm. 14 (1475), 4 de abril de 1997.

Europa debe fundarse en la unidad del espíritu cristiano enseñado en el Evangelio por la tradición de la Iglesia

«Hoy, dieciocho años después, sería preciso volver a aquella homilía de "Gntezno que, en cierto sentido, se convirtió en el programa de mi pontificado. Sin embargo, fue ante todo una humilde lectura de los designios "de Dios, vinculados con los últimos veinticinco años de nuestro milenio. "En esa ocasión dije: "¿No quiere, quizá, Cristo; no dispone quizá el "Espíritu Santo que este Papa polaco, este Papa eslavo, manifieste preci- "samente ahora la unidad espiritual de la Europa cristiana? Sabemos que "esta unidad cristiana de Europa está compuesta por dos grandes tradi- "ciones: la del Occidente y la del Oriente. (...) Sí. Cristo quiere, el Espíri- "tu Santo dispone que todo cuanto yo digo sea dicho aquí y ahora, preci- "samente en Gntezno" (Homilía en la catedral dedicada a la Asunción de "la Virgen María, 3 de junio de 1979, número 5: L'Osservatore Romano, "edición en lengua española, 10 de junio de 1979, pág. 10).

«Desde este lugar se derramó entonces la gran fuerza del Espíritu "Santo. Aquí el pensamiento sobre la nueva evangelización comenzó a "revestir formas concretas. Mientras tanto se llevaron a cabo grandes "transformaciones, surgieron nuevas posibilidades, aparecieron otros "hombres. Cayó el muro que dividía a Europa. Cincuenta años después "del inicio de la segunda guerra mundial, sus efectos dejaron de empañar "el rostro de nuestro continente. Terminó medio siglo de separación, por "la que millones de habitantes de la Europa central y oriental pagaron "un precio terrible. Por eso, aquí, ante la tumba de San Adalberto, hoy "doy gracias a Dios todopoderoso por el gran don de la libertad que ha "concedido a las naciones de Europa, y lo hago con las palabras del "Salmista: "Hasta los gentiles decían: "El Señor ha estado grande con "ellos". El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres" (Sal., "124, 2-3).

«Queridos hermanos y hermanas, después de tantos años repito lo "mismo: es necesaria una nueva disponibilidad. En efecto, se ha visto, a "veces de modo doloroso, que la recuperación del derecho de autodeter- "minación y la ampliación de las libertades políticas y económicas no "basta para la reconstrucción de la unidad europea. ¡Cómo no mencio- "nar aquí la tragedia de las naciones de la ex Yugoslavia, el drama de la "nación albanesa y los pesos enormes que han soportado todas las socie- "dades que han reconquistado la libertad y con gran esfuerzo se liberan "del yugo del sistema totalitario comunista!

«No será que, después de la caída del muro visible se ha descubierto otro, invisible que sigue dividiendo nuestro continente: el muro que pasa por los corazones de los hombres? Es un muro hecho de miedo y de agresividad, de falta de comprensión hacia los hombres de origen diverso, de diferente color de piel, de diversas convicciones religiosas. Es el muro del egoísmo político y económico, de la disminución de la sensibilidad ante el valor de la vida humana y la dignidad de todo hombre.

«Incluso los indudables éxitos del último período en el campo económico, político y social no logran ocultar la existencia de ese muro. Su sombra se extiende a toda Europa. La meta de una auténtica unidad del continente europeo está aún lejana. No habrá unidad en Europa hasta que no se funde en la unidad del espíritu. Este fundamento profundísimo de la unidad llegó a Europa y se consolidó a lo largo de los siglos gracias al cristianismo con su Evangelio, con su comprensión del hombre y con su contribución al desarrollo de la historia de los pueblos y de las naciones.

«Esto no significa que queramos apropiarnos de la historia. En efecto, la historia de Europa es un gran río, en el que desembocan numerosos afluentes, y la variedad de las tradiciones y culturas que la forman es su gran riqueza. Los fundamentos de la identidad de Europa están contruidos sobre el cristianismo. Y su actual falta de unidad espiritual brota principalmente de la crisis de esta autoconciencia cristiana.

«Hermanos y hermanas, fue Jesucristo, "el mismo ayer, hoy y siempre" (cf. Hb., 13, 8), quien reveló al hombre su dignidad. Él es el garante de esta dignidad. Fueron los patronos de Europa —San Benito y los santos Cirilo y Metodio— quienes injertaron en la cultura europea la verdad sobre Dios y sobre el hombre. Fueron los ejércitos de santos misioneros, que nos ha recordado hoy San Adalberto, obispo y mártir, quienes trajeron a los pueblos europeos la enseñanza sobre el amor al prójimo, incluso sobre el amor a los enemigos: una enseñanza confirmada con la entrega de la vida por ellos.

«De esta buena nueva, del Evangelio, vivieron en Europa, en el decurso de los siglos, hasta el día de hoy, nuestros hermanos y hermanas. La repeñan los muros de las iglesias, de las abadías, de los hospitales y de las universidades. La proclamaban los volúmenes, las esculturas y los cuadros; la anunciaban las estrofas poéticas y las obras de los compositores. Sobre el Evangelio se pusieron los cimientos de la unidad espiritual de Europa.

•Por consiguiente, desde la tumba de San Adalberto pregunto: "¿Nos es lícito rechazar la ley de la vida cristiana, que afirma que da fruto abundante sólo quien da su vida por amor a Dios y a los hermanos, como semilla plantada en la tierra? Aquí, desde este lugar, repito el grito que lancé al inicio de mi pontificado: ¡Abrid de par en par las puertas a Cristo!

•En nombre del respeto a los derechos del hombre, en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad; en nombre de la solidaridad interhumana y del amor, grito: ¡No tengáis miedo! Abrid de par en par las puertas a Cristo. Sin Cristo no es posible comprender al hombre. Por eso, el muro, que se alza hoy en los corazones, el muro que divide a Europa, no será derribado si no se vuelve al Evangelio, pues sin Cristo no es posible construir una unidad duradera. No se puede lograr separándose de las raíces de las que crecieron las naciones y las culturas de Europa, y de la gran riqueza de la cultura espiritual de los siglos pasados.

JUAN PABLO II: Homilía durante la misa con ocasión del milenario del martirio de San Adalberto, en Gniezno, martes 3 de junio. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXIX, núm. 25 (1486), 20 de junio de 1997.

El concepto cristiano del hombre modelo para la construcción de Europa

•La verdadera paz nace del corazón: "Tú estás en medio del continente como un corazón fuerte", dice nuestro himno federal. En los últimos años este país en el centro de Europa se ha unido a la comunidad de los que se han puesto en camino hacia una meta común: la unificación del continente. Para edificar la nueva Europa hacen falta muchas manos, y sobre todo muchos corazones, que no sólo palpiten por la carrera y el dinero, sino por el amor a Dios y al hombre. Abrigo la esperanza de que el corazón de Europa permanezca fuerte y sano.

•En efecto, entre las riquezas del patrimonio cristiano el concepto del hombre es lo que más profundamente ha influido en la cultura europea.

«Para proyectar correctamente una casa hace falta un instrumento de medida adecuado. Quien no conoce la medida, no logra el objetivo. Los constructores de la Casa europea cuentan con la imagen del hombre que el cristianismo infundió en la antigua cultura del continente, creando los supuestos sobre los que se ha podido actuar con la creatividad que todos admiran. Por consiguiente, el concepto del hombre creado a imagen y semejanza de Dios no es una pieza de museo; por el contrario, representa la clave de bóveda de la Europa actual, gracias a la cual las múltiples piedras, que son las diversas culturas, pueblos y religiones, pueden mantenerse unidas para la construcción del nuevo edificio. Sin este criterio de medida, la casa europea en construcción corre el peligro de desplomarse, sin perdurar.»

JUAN PABLO II: Discurso durante la ceremonia de bienvenida en el aeropuerto de Salzburgo, viernes 19 de junio, por la mañana. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXX, núm. 26 (1539), 26 de junio de 1998.

No basta llenar las manos de bienes materiales, cuando el corazón del hombre permanece vacío sin encontrar el sentido de la vida. Aviso a Europa

«Seis años después, cuando se derrumbó el muro de Berlín y cayó el telón de acero, parecía que dejaba de existir la línea de separación entre los dos bloques. Desde entonces muchos entusiasmos se han apagado y muchas esperanzas han quedado defraudadas. No basta llenar únicamente las manos de bienes materiales, cuando el corazón del hombre permanece vacío, sin encontrar el sentido de la vida. El hombre no tiene siempre esta conciencia y a menudo prefiere distracciones superficiales, en vez de la verdadera alegría interior. Sin embargo, al final se ve obligado a constatar que no se puede vivir únicamente de pan y diversiones.»

«De hecho, la línea de separación entre los dos bloques no ha desaparecido ni de la realidad económica ni de los corazones humanos. Incluso en un país socialmente ordenado y económicamente próspero como Austria se difunden el desvarío y el miedo al futuro.»

¿No es verdad que se han producido insidiosas gritas incluso en la sólida y hasta hoy convalidada estructura de cooperación entre los grupos sociales, que ha contribuido notablemente al bienestar del país y a la prosperidad de la población?

¿No se están difundiendo entre los ciudadanos austriacos, sólo pocos años después del referéndum, el escepticismo y la frustración con respecto a su adhesión a Europa?

JUAN PABLO II: Discurso del Papa a las autoridades y al Cuerpo diplomático, sábado 20 de junio. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXX, núm. 26 (1539), 26 de junio de 1998.

Europa debe respirar con sus dos pulmones en la construcción de una verdadera comunidad humana desde el punto de vista histórico, cultural y religioso, abriendo las puertas a Cristo

•Espero que se den los pasos necesarios para acercar el este y el oeste del continente: los dos pulmones que Europa necesita para poder respirar.

•La diversidad de las tradiciones orientales y occidentales promoverá la cultura europea y constituirá, a través de la memoria y el intercambio recíproco, una base para la anhelada renovación espiritual. Por eso, más que de una "ampliación hacia el este", se debería hablar de una "europeización" de toda el área continental.

•Permitidme profundizar en este pensamiento. Al comienzo de mi pontificado invité a los fieles reunidos en Roma, en la plaza de San Pedro, a abrir las puertas a Cristo (cfr. Homilía, 22 de octubre de 1978). Hoy, en esta ciudad tan importante desde el punto de vista histórico, cultural y religioso, repito mi llamamiento al viejo continente: "Europa, abre las puertas a Cristo".

•Esta exhortación no nace de una fantasía soñadora, se funda en un realismo abierto a la esperanza. En efecto, la cultura, el arte, la historia y el presente de Europa han sido forjados, y lo siguen siendo, por el cristianismo, hasta el punto de que ni siquiera hoy existe una Europa completamente secularizada o incluso atea. No sólo lo atestiguan las iglesias y los monasterios en muchos países europeos, las capillas y las cruces

"plantadas a la vera de los caminos europeos, las oraciones y los cantos cristianos en todas las lenguas del continente. Más claramente aún lo confirman los numerosos testigos vivos: hombres y mujeres que buscan, preguntan, creen, esperan y aman; los santos del pasado y del presente.

«Evocando con gratitud y orgullo el gran tesoro del cristianismo, os pido que acojáis este patrimonio como una propuesta que la Iglesia viva quiere presentar al final del segundo milenio cristiano. Nadie pretende considerar la universalización de este patrimonio como una victoria o como una confirmación de supertoridad. Profesar ciertos valores significa solamente comprometerse a cooperar en la construcción de una verdadera comunidad humana universal: una comunidad en la que no haya líneas de separación entre mundos diversos.

«También de nosotros, los cristianos, dependerá que Europa, con sus aspiraciones terrenas, se cierre en sí misma, en sus egoísmos, renunciando a su vocación y a su misión histórica, o que recupere su alma mediante la cultura de la vida, del amor y de la esperanza».

JUAN PABLO II: Discurso a las autoridades y al Cuerpo diplomático, sábado 20 de junio. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXX, núm. 26 (1539), 26 de junio de 1998.

Crear un espacio de libertad, justicia y paz, en la construcción de Europa

«Los constructores de la nueva Europa deberán afrontar otro gran desafío: el de crear un espacio global europeo de libertad, de justicia y de paz, en lugar de la isla de bienestar occidental del continente. Los países más ricos inevitablemente deberán afrontar sacrificios concretos para nivelar poco a poco la brecha inhumana del bienestar existente en Europa. Hace falta una ayuda espiritual para proseguir la construcción de las estructuras democráticas y su consolidación, y para promover una cultura de la política y las condiciones justas del Estado de derecho. Para este esfuerzo la Iglesia ofrece como orientación su doctrina social, centrada en la solicitud y en la responsabilidad por el hombre, enco-

"mendado a ella por Cristo: «No se trata del hombre "abstracto", sino del "hombre real, concreto e histórico (...) que la Iglesia no puede abandonar» (Centessimus annus, 53)».

JUAN PABLO II: Discurso a las autoridades y al Cuerpo diplomático, sábado 20 de junio. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXX, núm. 26 (1539), 26 de junio de 1998.

Europa debe construir su unidad en la pluralidad

«Con estos sentimientos, extendiendo la mirada, más allá de las fronteras de esta país, hacia toda Europa, hacia todas las naciones de nuestro continente, con su historia, desde el Atlántico hasta los Urales, desde el mar del Norte hasta el Mediterráneo. Austria, en particular, ha compartido las vicisitudes de Europa, ejerciendo un influjo decisivo. De modo ejemplar, muestra que múltiples etnias pueden vivir en un espacio reducido, con un intercambio fructuoso, colaborando creativamente para construir la unidad en la pluralidad. En el actual territorio austriaco, pequeño en comparación con otras naciones, han arraigado las características de los celtas y de los latinos, de los germanos, de los húngaros y de los eslavos, y se trata de características que perduran en la población. Así, Austria se ha convertido en el espejo y el modelo de la Europa unida que no quiere marginar a nadie, sino dar espacio a todos».

JUAN PABLO II: Discurso durante la ceremonia de bienvenida en el aeropuerto de Salzburgo, viernes 19 de junio, por la mañana. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXX, núm. 26 (1539), 26 de junio de 1998.